

RAQUEL TIRADO FERNÁNDEZ

RELATO
INÉDITO

★ ★ ★ ★

OPERACIÓN *cliché*

★ ★ ★ ★ ★

Selecta 

El chico del gimnasio

RELATO INÉDITO OPERACIÓN CLICHÉ

RAQUEL TIRADO FERNÁNDEZ





En mi WhatsApp su nombre es «El chico del gimnasio», aunque llevemos un tiempo siendo novios de manera oficial y ahora mi fondo de pantalla sea un *selfie* de los dos en el que su pelo largo, suelto y rizado me cubre la mitad de la cara.

Si tuviera que contarle a alguien nuestra historia empezaría diciendo que Edgar fue amable conmigo una vez y yo me enamoré.

Sí. Así de simple.

Cuando le conocí estaba saliendo de un momento bastante oscuro de mi vida y estaba en esa fase en la que, joder, quería cambiarlo todo, empezando por mi aspecto físico. Primero le pedí a mi hermana que me cortara el pelo, después, que me lo tiñera, y, por último, me apunté al gimnasio. Ir al gimnasio me daba una impresión y un miedo que te cagas, pero también me atraía muchísimo hacer algo tan alejado del concepto que tenía de mí mismo.

Porque Mateo y pelo rosa chicle, pues vale, se veía venir. Pero Mateo y gimnasio... eso sí que es un giro de guión.

Hablé con Edgar en mi primer día. Salía de una clase de zumba y me apetecía quedarme haciendo abdominales o algo. Tenía sed, me había dejado el agua en casa y no quería morir deshidratado así que fui a la máquina de la entrada y metí una moneda de dos euros que era lo que costaba una bebida isotónica de un azul tan artificial que hería la vista.

La máquina se tragó mi dinero sin darme nada a cambio.

—¡Mierda! —exclamé, mirando a mi alrededor en busca de alguien que pudiese ayudarme —. ¡La máquina se ha tragado mi moneda!

Entonces apareció Edgar.

Lo primero en lo que me fijé fue en sus ojos: eran enormes, marrones, con motas doradas por todo el iris y unas pestañas que se asemejaban a las plumas de un pavo real. Después, claro, me fijé en todo lo demás. Bajo los ojos había una nariz chata y unos labios gruesos. Su piel era oscura, color chocolate. Su pelo era negro y rizado, largo hasta los hombros, recogido en una coleta de la que escapaban algunos mechones. El sudor perlaba su rostro, resaltando cada rasgo y haciéndole brillar como la jodida estatua de un dios griego. Porque sí, su cuerpo parecía esculpido sobre piedra.

Pude apreciar todo esto bien porque el chico no se lo pensó mucho antes de agarrar la

máquina y sacudirla entera. Mi cuerpo se sacudió con ella.

—Igual podrías... usar un destornillador... o algo, para abrir la máquina y sacar el dinero —sugerí.

—¿Qué te hace pensar que llevo un destornillador encima? —preguntó él, dedicándome una media sonrisa que se coló en el top 3 de las medias sonrisas más bonitas que había visto nunca.

—¿No trabajas aquí? —pregunté.

—No. Es una cuestión de solidaridad. Tenemos que ayudarnos entre los usuarios del peor gimnasio de toda Valencia —explicó, aún sacudiendo la máquina.

Me rasqué la nuca, interesado (en la historia y en él).

—¿Crees de verdad que es el peor Valencia? Según mi investigación, es el más barato.

—Pues claro que es el más barato. Casi deberían pagarnos a nosotros por venir.

El chico estaba a punto de alejarse de la máquina cuando una botella cayó de ella por fin. Era una bebida isotónica color amarillo fosforito. Yo había seleccionado una azul pero visto lo visto no me iba a quejar.

El chico más guapo del peor gimnasio de Valencia sacó la bebida y la dio. Nuestras manos se juntaron y descubrí que sus dedos eran más

suaves de lo que habría esperado, su cuerpo olía a sudor y su boca a menta.

—Muchas gracias —dije, sonriendo.

—De nada.

—Yo... sobre el estado del gimnasio, no tengo nada que decir, la verdad, este es mi segundo día. Por ahora, quitando lo de la máquina, va todo bien... bueno, eso y que no he encontrado jabón en el baño.

—Eso es porque el jabón tienes que pedirlo en recepción.

Dejé estallar una carcajada y juraría que él aprovechó la oportunidad para acercarse un poco más a mí.

—¿Me lo dices en serio? ¡Si nunca hay nadie!

—Lo que oyes. El jabón tienes que pedirlo, el papel higiénico también, el agua caliente de las duchas no ha funcionado nunca y a la mínima que empieza a llover, cancelan las clases. El resto de sorpresas tendrás que descubrirlas por ti mismo —dijo—. Eso sí, si eres masoca y vuelves a intentar comprar algo en la máquina, avísame. Yo te ayudo.

Me pareció que me había guiñado el ojo. Pero no podía ser. No, seguro que se le había colado una gota de sudor o algo. Aún así, estaba paralizado por sus gestos, sus sonrisas y toda la amabilidad que desprendía.

—Pues muchas gracias... —dije y me separé de él.

—Edgar —se presentó.

—Gracias, Edgar.

—¿Tú cómo te llamas?

—Mateo. Que no te lo he dicho, soy Mateo, encantado —le di la mano a modo de saludo, un gesto que sentí como completamente antinatural pero que le quedaba muy bien al Mateo del gimnasio. —Esto... me voy ya— añadí después—. ¡A ver si volvemos a vernos aquí!

—¡Claro! ¡Nos vemos! ¡Encantado de conocerte!

En las semanas siguientes, coincidimos en el gimnasio casi cada día. Escarmenté de la experiencia con la bebida, pero nos encontrábamos en las máquinas, en el vestuario o cuando yo iba a entrar en alguna clase.

Cuando le veía, le pasaba el parte de las nuevas cosas «cuestionables» que había notado. Baños averiados, máquinas estropeadas, un par de carteles que te invitaban a unirse a «Un proceso transformador que te ayudaría a liberar a la mejor versión de ti mismo por solo 30 euros al mes» o el hecho de que las televisiones colgadas del techo solo emitiesen videoclips de un gusto dudoso y obscenamente heterosexual.

Un día en el que llovió, Edgar me vio resignado delante de un aula vacía y llena de goteras.

—Te lo dije. Cancelan las clases en cuanto se pone a llover —me recordó.

—Esto es surrealista —suspiré.

—¿Vienes de muy lejos?

—No, de hecho estoy a cinco minutos andando, es otra de las razones por las que he elegido este sitio —expliqué—. ¿Y tú?

—Pues bastante lejos, en realidad. Tengo que comerme un trayecto en tranvía de veinte minutos.

—¿Y por qué vienes al gimnasio?

—Porque soy imbécil —resumió Edgar—. Mi exnovia trabajaba aquí y me hizo precio, aún más precio, para entrar. Después, cuando rompimos y todo eso, me habría gustado cancelar mi suscripción, pero te juro que lo tienen todo organizado de una manera en la que la suscripción se te renueva automáticamente y tienes que seguir pagando.

—Parece una estafa piramidal —dije.

Una parte de mi cerebro se alegró de que Edgar hubiera dicho «exnovia» en vez de «novia». Otra, repitió la palabra «novia» en bucle de la manera más catastrofista posible; la parte racional me recordaba que la bisexualidad existía y yo aún podía tener alguna posibilidad de

conquista. La aún más racional constataba que, que un chico fuese amable conmigo no significaba que estuviera interesado en mí, y menos aún de una manera romántica.

—Una estafa piramidal... No lo podrías haber descrito mejor —dijo, sonriendo—. ¿Tú vives solo?

Cacaos mentales aparte, Edgar y yo seguimos regalándonos el uno al otro pedazos de nuestras vidas. Le expliqué que vivía con mi hermana mayor y él que compartía piso con su mejor amigo desde que empezó la carrera, tres años atrás. Otro día me interesé por sus estudios, le conté que estudiaba sociología (estaba en segundo) y él me explicó que estaba en camino de ser ingeniero aeroespacial.

Cada vez era más evidente, incluso para un cerebro con tendencia al autosabotaje como el mío, que nuestras conversaciones duraban más de lo estrictamente cordial. Sí, yo me quedaba colgado de sus ojos y me perdía en sus silencios y mil cosas cursis más; pero él tampoco se quedaba atrás. Como mínimo, el chico del gimnasio quería que fuésemos amigos.

—¿Te apetece quedar un día... fuera? —me preguntó una vez, haciendo que casi me cagara encima, porque siempre afronto mis problemas gastrointestinalmente—. Quiero decir, me encanta el gimnasio, pero también me gusta

mucho hacer deporte fuera. Igual podríamos salir a patinar algún día.

—Sí —dije sin pensarlo—. Quiero decir, a mí también me gusta salir a patinar, de hecho, con mi hermana, patinábamos un montón en el carril bici.

—¿En serio?

—Claro.

No había mentido. De veras Lara y yo solíamos salir a patinar, pero llevábamos al menos diez años sin hacerlo.

Así que Edgar y yo quedamos. Quedamos de verdad, como dos buenos colegas del gimnasio a los que les gusta patinar y que desean hacerlo el uno con la compañía del otro.

La primera vez, estaba histérico perdido.

Mi hermana también se puso histérica cuando me vio quitándole el polvo a los patines en línea y practicando sobre el parqué de nuestro piso.

—¿Vas a patinar... solo? —preguntó.

Barajé la posibilidad de mentir, pero al final negué con la cabeza.

—¿Y con quién has quedado? —Mi hermana me escudriñó con la mirada.

—Con el chico del gimnasio.

—¡¡El chico del gimnasio!! —repitió Lara, con el rostro iluminado de emoción.

Así era como le llamábamos.

Cuando Edgar y yo convertimos el patinar juntos en algo rutinario, mi hermana empezó a estar menos ilusionada y un día me dijo:

—No quiero que te hagan daño.

Porque ella sabía que si bien Edgar y yo éramos solo amigos yo me moría por algo más.

Tenía todas las papeletas para acabar con el corazón roto.

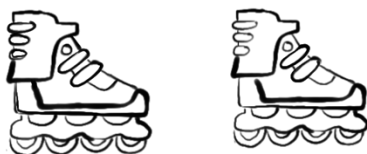
Pero Edgar siempre se reía de mis chistes y halagaba el modo en el que relataba las anécdotas más lamentables. Cuando le tocaba a él hablar dotaba cada anécdota de emoción y de un punto cómico, porque tenía las cejas más expresivas del mundo y me hacía sonreír todo el tiempo.

Se detenía más tiempo del necesario cuando nuestros ojos se cruzaban, cuando nuestros dedos se rozaban y creaba espacios de auténtica intimidad.

Me preguntó si podía besarme antes de que confesásemos los sentimientos el uno por el otro, antes de empezar a utilizar la palabra «novio». Me regaló un casco de color rosa chicle para ir a patinar antes de llegar a utilizar esa palabra.

Si tuviera que contarle a alguien nuestra historia, empezaría diciendo que Edgar fue amable conmigo una vez y yo me enamoré de él.

Lo sorprendente es que, de alguna manera, en algún momento, él también se enamoró de mí.



LA HISTORIA DE MATEO Y EDGAR FORMA PARTE DE LA NOVELA OPERACIÓN CLICHÉ, PUBLICADA CON EL SELLO SELECTA HACE EXACTAMENTE UN AÑO.

LOS PERSONAJES SIGUEN VIVOS POR LECTORES COMO TÚ.

¡¡GRACIAS!!

04.11.22